

San José, Costa Rica, 1.º de Junio de 1894

Quartillas

PUBLICACION QUINCENAL

Nº 6

CONTENIDO

I, Carta literaria—II, Hojarasca
— III, Justo A. Facio—IV, Rompi-
miento—V, Judíoerrante—VI, De-
seos—VII, Crónica—VIII, Notas.



Señores Redactores de "Cuartillas"

Me siento muy favorecido por la confianza que en mí ponen ustedes al consultarme acerca de sus trabajos literarios. Desde que se iniciaron, he seguido su marcha con interés y simpatía: después del heroísmo moral, y contribuyendo, de seguro, para despertarlo y mantenerlo, el arte es el empeño que más enaltece y abriga la vida; su acicate de oro nos hace levantarnos sobre los horizontes de la vida vulgar; no para despreciarla, sino para verla á una luz nueva, que la trasfigura y ennoblece. Cultivar las letras es cultivar, al mismo tiempo, el propio pensamiento: es atravesar los vastos campos que encierra, aspirando el aroma penetrante de flores misteriosas que sólo esperaban nuestro conjuro para abrirse; es hacer en nuestro interior un viaje lleno de sorpresas, viendo brotar inesperados manantiales, oyendo el canto de pájaros desconocidos que nos dan la canción y la elegía de nuestras secretas congojas y delicias; es, por magia adorable, transformar en pensil un erial, llenar de música algún desierto de los que llevamos en la intimidad de nuestro sér; es trabajar nuestro mármol, el mármol vario de nuestra palabra, puliendo y cincelando el trozo informe é infiltrando en la piedra la chispa sagrada de la idea, á cuyo influjo ha de palpar como con nervios y con sangre.

Ya á la hora en que escribo saben ustedes, por feliz experiencia, todas las dichas de la incubación maravillosa. Perseveren sin desmayo en el cultivo de esa planta que no se vende, pero que es tan dulce tener en un tiesto, aunque sea humilde, en el taller de las fatigas cotidianas.

En cuanto al criterio que debe dirigir sus tareas, no necesito mucho espacio para señalarlo. Las Musas no se dejan violentar: hay que pretender sus favores con acatamiento y con sincera reverencia. Muchas veces me han oído ustedes repetirles el consejo de un eminente crítico español: "pensar alto, sentir hondo y hablar claro:" todo eso se comprende en una regla más sencilla: sentir de veras la inspiración directa de su asunto.

Por supuesto, que ello equivale á condenar todas las imitaciones de bujería francesa y todos los convencionalismos bastardos que ahora se encuentran tan de moda. Nada de ser *impresionistas*, ni *parnasianos*, ni *naturalistas* ni *dantescos*: ser ustedes mismos. Abandonar, con valor, aunque eso guste á muchos, la afectación de sensaciones y de ideas que no son las propias: dejar á Coppée y á Mendes en París, y á las sultanas en Constantinopla y á las princesas chinas en el Asia: no entrar en el taller sino cuando hay un sentimiento nuestro ó una idea nuestra que están ansiosos por hervir y cantar en la palabra. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que si pensando en la India, tienen ustedes una fantasía que vuela hacia ella ó que de ella les venga, no les sea lícito contársela á su público; á condición de que nazca en ustedes y no en la lectura y contagio de obra de otros, y á reserva también de que no lo tomen por manía dando á entender con su conducta que el arte para ustedes ha de ser por fuerza un *bazar oriental*, ó algún otro almacén de esa naturaleza.

Por fortuna, se publicó aquí hace poco un libro que puedo poner por ejemplo en el asunto: no digo dechado para que no se enoje la modestia del autor. No hay sospecha de duda de que me refiero á la "Hojarasca" de Fernández Guardia. Nadie me quita de la cabeza que lo llamó así con intención irónica, y para aludir á los libros que están de moda, y á que no se parece. Lo primero que lo diferencia es que está escrito en español, lo que tratándose de escritores y públicos que hablan y es-

criben ese idioma, el cual muchas veces, es el único que conocen hasta cierto punto, no carece del todo de importancia. Después, sin excluir la fantasía, (díganlo las lindas *hadas negras* que salieron más tarde) Fernández Guardia no afecta ni se contorsiona, ni imita, ni sigue modas literarias, aunque no suele descuidar las del vestido. Se va á su asunto ó á sus recuerdos y conversa con ellos: diálogo decente y aún aristocrático, y en que uno de los que hablan es un poeta; pero claro y sencillo, sin afeites ni postizos, y sin un solo relumbrón de piedra falsa. Y aún así y todo, regañaría yo á Ricardo, si me atreviera, por que no mira y explota bastante lo que tiene más cerca ó á su alrededor, sino que prefiere irse lejos, en lo que barrunto cierto homenaje á la escuela consabida; por ahí verán ustedes si tiene para mí importancia la reglita.

Su patria, su casa, su familia, sus novias, sus estudios, sus dudas, sus creencias, su historia y la de su tierra, sus "impresiones y sus ideas," en una frase: dennos ustedes eso, y sírvanlo fresco, sin recalentarlo ni ponerle salsas de fuera: ese es el arte que les aconsejo.

A. Zambrana.

San José, 28 de Mayo de 1894.





“Hojarasca”

He hojeado el libro de mi amigo Ricardo Fernández con el placer que experimento á cada nueva producción de nuestra incipiente literatura; y con la ruda franqueza con que suelo dar mi opinión cuando me la piden, voy ahora, sin pedírmela, á declarar la impresión que su lectura me ha dejado.

No diré, como *La Estrella de Panamá*, que sólo algunos de los cuentos son regulares; tampoco estoy por las hipérboles de Aquileo, quien afirma que bien pudieran varios de ellos llevar la firma de Maupassant.

Los cuentos de Ricardo son buenos y prometen más: revelan un temperamento de artista, como ahora se dice, pero adolecen de los defectos inherentes á todo primer libro, resabios hijos de la inexperiencia y que desaparecen con la práctica. Me refiero en primer lugar á la elocución, á veces descuidada y no muy pura; en segundo, á la elección de asuntos, á mi juicio poco acertada.

Achaque muy común en nuestras repúblicas es desdeñar los mil sujetos nacionales que pudieran dar motivo á otras obras literarias interesantísimas y llenas de novedad para los extranjeros: se recurre á argumentos gastados, se pintan escenas y se trazan diálogos que lo mismo pueden verificarse aquí que en Madrid ó en París; y mientras tanto nadie se ocupa en estudiar nuestro pueblo y sus costumbres desde el punto de vista artístico, nadie piensa en desentrañar

los tesoros de belleza encerrados en los dramas de nuestras ciudades y en los idilios de las aldeas, en la vida patriarcal de nuestros antepasados y en su historia pública, en lo recóndito de las almas y en la naturaleza exuberante que despliega ante nuestros ojos indiferentes su grandiosa poesía.

No es esto un reproche para Ricardo: es una queja inspirada por la lectura de infinidad de obras hispano-americanas en las que advierto ese desdén injustificado. ¡Ojalá que el autor de *Hojarasca* se dedicase á beneficiar tan rica mina! El que ha pintado de mano maestra á *Sevilla* ¿por qué no ha de hacer otro tanto con lugares que conoce mejor y á los cuales profesa más cariño?

Ya que ha entrado con tan buen pie en el campo de las letras, debiera seguir la senda que he indicado, para mayor gloria suya y delicia nuestra.

No es mi ánimo analizar uno por uno los cuentos de *Hojarasca*; sin embargo no puedo menos de manifestar que yo en lugar de Ricardo suprimiría *El Manantial* y la enojosa enumeración botánica de las tres primeras páginas de *El Derviche*.

AMER





Justo A. Facio

Leyendo tus estrofas cinceladas
se oye el golpe sonante de la escopa,
cuando del mármol en que vibra y topa
hace surgir las formas alentadas.


Como al huir las aves azoradas
el vuelo emprenden en confusa tropa,
de cada verso, como de una copa,
las imágenes brotan en bandadas.

Si á veces la mortal melancolía
bate sus alas en tu triste frente,
se acibara también el alma mía;

porque en tu queja de dolor ardiente
que llega al alma envuelta en armonía,
de las *adelfas* el sabor se siente.

ROBERTO BRENES MESÉN.





Rompimiento

Angélica era sin disputa una de las chicas más guapas de San José y sus contornos.—¡Qué rostro tan retegracioso y qué ojos tan vivarachos los suyos! Cuando le puse la vista encima sentí un escarabaje o extraño en todo el cuerpo.

¡Tenía un talle tan esbelto y se adivinaban tales encantos bajo los pliegues de su vestido color crema pálido!.....

Sus pies eran tan diminutos que *cabían en un beso* y su....en fin, Angélica era una obra maestra de la naturaleza....ó de sus padres.—

La conocí en un turno á beneficio del Hospital de San Juan de Dios; la acompañaban varias muchachas de su edad, aunque ninguna tan bonita.

Adivinando sin duda el estado lamentable de mis sombríos bolsillos, se acercaron á mí, sonriendo picarescamente y me bloquearon, como quien dice.

Sus ojos, negros, azules y grises se fijaban en mi personita y sentí todo el fuego de sus miradas en el rostro, que debió ponerse colorado como un camarón.

La preciosa Angélica se acercó á mí y me dijo con una voz dulcísima:

—Caballero! quiere entrar á la rifa? á cincuenta centavos número.

Y al mismo tiempo me presentaba una estatuita de mármol muy blanco, que representaba á Cupido sentado en una concha de nácar.

Con mano trémula saqué una moneda de cuatro reales, única que cargaba encima desde hacía un mes, y puse mi nombre en el número 13, fijando una mi-

rada capaz de derretir una bala de cañón en la seductora niña, que se ruborizó y bajó los ojos.

Cupido, sentado en su concha, parecía sonreír picarescamente.

Su flecha había sido certera.

Desde aquel día, encerrado ^o^o largas horas del día y de la noche, divagaba extensamente acerca de mil tonterías amorosas; suspiraba hondamente y hacía versos malísimos en que le contaba mis penitas á la brisa pasajera y á los riachuelos murmuradores.

Majaderías de todo enamorado.

Mi escritorio era un *maremagnum* de cuartillas emborronadas.

Cierta tarde en que como de costumbre tenía el pensamiento en la enloquecedora Angélica, observé una araña que tejía tela en una esquina del aposento,

—También las mujeres, pensé lanzando un tético suspiro, saben tejer telarañas, donde muchos incautos mosquitos caen de patitas!

A consecuencia de mis desvaríos y desvelos me puse ojeroso y pálido, meditabundo, sombrío algunas veces.

Parecía una señorita anémica.

Tanto puede el pícaro angelillo alado!

Mi buena abuelita, en vista de mi aspecto fúnebre y mi poca apetencia, me hizo tomar una purga triple de sal, que por pocos me lleva al otro barrio, porque según ella yo estaba mal del estómago.

—Nada, decía yo, que si la chica no me quiere, me pego un tirito, ó dos, ó una docena.

Y empecé un ataque en toda regla para conseguir una victoria segura sobre la indiferencia de Angélica.

Primero, cambio de miradas lánguidas y apasionadas, sonrisitas dulces, á la salida de misa ó del rosario; un mes de plantón en la esquina, mirando las cortinas del balcón, y por último una carta escrita en papel color de rosa y sacada de un libro epistolar.

Y al fin fuí vencedor.

Angélica se rindió á discreción y me juró amor eterno (las mujeres juran con tal frescura!...), un martes por la noche, oculta tras la cortina de su ventana.

Hasta entonces fuí feliz: volvió la tranquilidad á mi espíritu enfermo y dejé de suspirar á solas y de mirar el cielo estrellado como en mis noches de melancolía amorosa.

Y mi abuelita, dándome un golpecito en el hombro me decía:

—Ya lo ves, ya lo ves... efectos de la purga.

Gracias á un amigo mío, á quien Dios conserve muchos años, pude darme á conocer á los padres de Angélica, á quienes dije estrechando la mano con cariño:

—Pobre soy, pero honrado y con un mundo de risueñas esperanzas.

Lástima que las esperanzas no sean algo masticable.

Doña Asunción ó sea mi *excelente* suegra, (no todas son sanguinarias) era una señora monumental, lo mismo que un granadero alemán con faldas; carrilluda, de nariz ancha y colorada en la punta;—Tenía cerca de la boca, “al borde del abismo” como si dijéramos, un lunar de donde le salía un pelo largo y tiezo.

Parecía imposible que aquel hipopótamo hembra fuese madre de la chica más linda de la República. La voluminosa señora me puso muy pronto cariño y aunque no miraba en mí un partido muy envidiable para su hija, había dicho á su marido:

—Bastante feo, si que lo es, pero parece una persona distinguida.

Y tan distinguida!....

Don Anacleto, el suegro, era el extremo opuesto de su media cara ó cara mitad; pero como los extremos se tocan... Parecía una garrocha; alto, falto de carnes, de rostro burdo y escasa barba.

Pertenecía á los pocos soldados sobrevivientes de

la heroica campaña del 56 y ostentaba con orgullo una honrosa cicatriz que tenía encima de la ceja izquierda, cicatriz adquirida en el ataque de Santa Rosa.

Demasiado buen creyente, era más bien fanático intolerante; afiliado á varias corporaciones piadosas, había sido presidente de una sociedad que se llamaba "Del corazón de Jesús" ó protectora de la fe católica, tan ultrajada y perseguida por los "hijos del demonio."

Así llamaba él á los pícaros liberales, para quienes deseaba todos los rayos de las iras celestes.

Cuando le fuí presentado, cuidando de cubrir con el sombrero un desperfecto de mis viejos y *fieles* pantalones, me miró de los pies á la coronilla, hizo un gesto, tal vez de disgusto y continuó la lectura de un libro místico que tenía entre las manos.

Quizá, al ver la ancianidad de mis ropas se dijo interiormente:

Pues hombre! lo que es éste no tiene sobre que caerse muerto.

Y no andaba muy descarriado el buen señor.

En vista de las mohosas creencias de don Anacleto, en nuestras conversaciones familiares me cuidaba mucho de no soltar alguna cosa que pudiera lastimar la llaga de su fanatismo.

Mis ideas *del siglo* hubieran dado al traste con un amor que apenas estaba en capullo.

Si el bueno de don Anacleto llegaba á saber que su yerno era de pasta liberal. . . .

A la primera imprudencia estaba perdido. Mis suegros sin embargo me creían el chico más *casto e puro* de San José.



Sólo tratando de cerca á mi amada pude apreciar sus cualidades morales é intelectuales.

Es tan difícil hallar una mujer bella de alma y de cuerpo.

Angélica era una camelia con perfume de violeta. Modesta, cariñosa, de trato exquisito, más bue-

na que el pan y los biscochos; viva de genio, graciosa sin ser coqueta.

Tenía cierto *esprit*, pero no un *esprit* francés, sino más bien el *esprit* . . . costarricense, como si dijéramos.

Angélica sabía desempeñar á las mil maravillas los quehaceres domésticos. *Rara avis* en estos tiempos en que la mayoría de las chicas entienden más de lunarcitos postizos y colores artificiales que de pegar un botón.

Cierta vez, el día del santo de mi nombre, me obsequió un rico pastelillo preparado por ella, manjar exquisito que me hizo relamer los dedos.

En la casa de Angélica, en medio del jardín, había un árbol de naranjo, bajo el cual protegidos por la sombra, la alcahueta de los enamorados

Vamos, con decirles á Uds. que aún tengo miel en los labios.

Oh! Qué feliz era entonces! No me hubiera cambiado por el Emperador de todas las Rusias.

Tenía la desalmada intención de casarme el año 2000, Dios mediante.

Conque ya ven Uds. si sería yo bárbaro

Todo marchaba á pedir de boca; la navecilla de nuestros amores navegaba viento en popa. Angélica me amaba más que á su vida (al menos así me lo decía ella envolviéndome en una mirada como en un jirón del cielo.)

Nuestros amores eran castos é inocentes. Chac-tas y Atala no se quisieron con igual pureza.

Verdad es que yo era un ser bastante tímido.

Una nube vino á manchar el cielo. Un percance inesperado

Verán Uds. como estuvo la cosa.

Empezaba la lucha electoral. Los diferentes partidos políticos aprestaron sus armas y se lanzaron á la lid.

El torneo iba á ser terrible. Los periódicos empezaron á mentir, los pescadores de río revuelto prepararon sus cañas, los cesantes vieron una lijera espe-

ranza en su cielo tenebroso, los empleados públicos temblaron en sus banquillos ante la perspectiva de una cesantía, y los hombres honrados pensaron seriamente en la suerte de la patria.

Don Anacleto, hombre exaltado y político recalcitrante, se afiló las uñas y fue á engrosar las apretadas filas de la legión de los conservadores, clericales, ultramontanos ó como Uds. quieran llamarlos.

Para él había llegado el momento en que San Miguel debía aplastar la cabeza del demonio.

El triunfo de sus ideas, que tienen aún el moho de los tiempos, era la salvación de la cruz.

Y yo, ¡necio de mí! sin pensar en las consecuencias fatales de mi temeridad, enardecido en el fragor de la lucha, en que se juegan honras y haciendas y en que tantos dejan empeñada la vergüenza por un mimo del Gobierno, inspirado quizá por el diablo, escribí un artículo infernal con firma y todo, tal vez muy mal escrito, pero infernal al fin, contra los piadosos regimientos de los clericales.

Y yo mismo, con mi fatal imprudencia labré mi desdicha.

Gozoso, feliz, sin pensar en otra cosa que en el amor de Angélica y mi felicidad paradisíaca; silvando la arieta de Rosa de *El rey que rabió* (Yo sí que iba á rabiarse) pisé los umbrales de la casa; nido feliz de mi amada.

Angélica, pensaba yo, me estará esperando como siempre á la puerta de la casa.

Ni por un momento pasó por mi imaginación la figura escueta y terrible de don Anacleto.

Sombrero en mano y alegre como unas Pascuas, franquéé la puerta de la sala, donde tantas veces estuve en dulces coloquios con Angélica.

Esta, estaba sentada en el fondo de la sala, apoyada la cabeza en la mano izquierda; doña Asunción dormitaba en un sofá y don Anacleto, calados los anteojos, en medio de un torbellino de periódicos y hojas sueltas, leía atentamente.

--Buenas noches, dije.

Como picado por una vívora maligna, levantó la cabeza don Anacleto, se irguió, el rostro descompuesto y los ojos como dos brasas infernales; y arrugando un periódico entre las manos me lo arrojó á la cara exclamando con voz ronca:

—Salga Ud. de aquí, ateo! si no quiere que le rompa el quinqué en la cabeza.

Quise replicar, pero un ademán furioso de don Anacleto ahogó las palabras en mi garganta, y volviendo grupas me puse de un salto en medio de la calle.

Angélica había caído en los brazos de su madre víctima de un ataque terrible.

En la actualidad vive ^{***} Angélica en una desmantelada casa del Paso de la Vaca, casada con un pobre diablo que le da cada paliza.....

Que si tiene hijos? Ya lo creo! Media docena todos encanijados y feos como su padre....menos uno, que aseguran se parece mucho á mí....Conque, si será bonito el chico....

Nota importante: No crean los lectores que soy yo el protagonista de esta historia. Me la contó ayer por la noche en la barbería, mientras nos tocaba turno, un joven color aceitunado que tiene una nube en un ojo y toca la guitarra admirablemente.

San José 20 de Abril de 1894.

YOYO





¡Anda, anda, Judío errante!

Era lunes y Melico y Santiago acordaron no ir á la escuela, y con sus carteras atestadas de libros y cuadernos, á la espalda, tomaron al trote el camino del río, en donde acostumbraban pasar las horas de clases cuando tales escapatorias sucedían.

—Iban alegrísimos—

—Pues de veras yo no sabía la lección de Aritsmética. De buena me escapao de una hora de arresto.—

—¿Pues y yo? No sabía ni la primera palabra.—Me hubiera quedao hasta las cuatro.

Parte del camino está formado por la vía férrea.— Cuando llegaron á ésta fijaron la atención en un hombre que muy adelante iba haciendo eses y otras enrevesadas figuras con los pies.—A veces movía los largos brazos semejando las aspas de un molino; tambaleábase meciéndose desarmoniosamente en todas direcciones. Bien comprendieron los dos rapaces que llevaba en el cuerpo una formal borrachera.

De repente extendió los brazos como si fuera á dar un furibundo abrazo á alguien y cayó pesadamente hacia adelante.

Los chiquillos apresuraron el paso.—Se acercaron al caído que con el cuerpo en dos dobleces formaba como una zeta. Al llegar fueron aproximándose con paso lento y cauteloso como si temieran despertar á un niño.—A fe que bien pudieran hacerlo al son de trompeta, porque el borracho roncaba ya.—La boca entreabierta dejaba ver sus dos hileras de dientes grandes y nada limpios; la cara completamente al sol, presentábase roja y con sus músculos contraídos como si muy fuerte sintiera la impresión del sol que le daba de lleno sobre ella; el pelo que le caía sobre la frente cubriéndosela, se adhería á ésta por el efecto del sudor.—De cuando en cuando se desataba en impresiones, pero en verdad nadie le habría comprendido su

gutural y enmarañado idioma.—Sólo en su retahila, en aquella lengua sin génesis, se percibía en cuasi castellano un nombre de mujer seguido de otra palabra que no es para dicha ni escrita.

Uno de los pilluelos dijo:

—Nos dibertiremos, Manolín—

Y manos á la obra.—Disparatadamente tomó un pedazo de carbón de piedra, del que en su trayecto deja la máquina del tren y quiso hacerle una línea en la frente, pero lo que le causó fué un rasguño que más hondo hubiera sido herida. Entonces dijo Melico:

—Espera Santiago, vamos á conseguir un corcho quemado.

Y se volvieron.—Momentos después llegaban de nuevo al borracho con un corcho medio carbonizado.

Le formaron una cruz en la frente, luego dos manchas circulares en los pómulos, prolongáronle las cejas y por fin le tiznaron la punta de la nariz y la barba.

Cualquiera habría dicho que era un enmascarado el que quedaba allí roncando y maldiciendo.

Los chiquillos celebraron con grandes risas su acción, pero lo que más gracia les hizo fué el que mientras le pintaban el rostro creyeron entenderle: “Si, ya sé que me querés, besame, besame”.

Siguieron camino del río.

II

¡Eh qué alegre y atronante algazara! En el río se bañaban ya hasta seis muchachos que errando voluntariamente el camino de la escuela, como Melico y Santiago, tomaron el de la poza y se divertían á sus anchas con gran vocería en el recodo que forma el río, lugar á que el tupido follaje de las riveras presta deliciosa sombra.

Se empujaban unos á otros y caían agitando el agua y produciendo un ruido de zambullidas encantador que parecía remedar el desordenado ruido de las carcajadas de los muchachos. Nadaban vigorosamente: cruzaban el remanso en todas direcciones, arrojándose de una orilla para ganar la otra, ó bien lo recorrían á su alrededor: ya se sumergían por largo rato, ya surgían resollando fuertemente y restregándose la cara. A veces, andando se internaban hasta lo más hondo con los brazos estirados hacia arriba; á cada paso que daban parecía que subiera el agua para cubrir

mayor parte de su cuerpo, hasta que por entero los ocultaba en su seno; pero muy luego aparecían cerca de la orilla.

Salían y se restregaban en el cuerpo puñados de tierra hasta quedar puercos, entonces se echaban otra vez en el agua y proseguían en los mismos deliciosos juegos.

Melico y Santiago llegaron á olvidarse, en tan agradable diversión, del mísero caído que en el camino habían dejado como para fiestas de disfraces.

Por fin salieron decididamente del agua y se vistieron. Calcularon que faltarían algunos minutos para las dos, la hora en que debían regresar de la escuela á sus casas era la de las tres; tenían aún más de una hora de holgorio. Resolvieron volverse y andar por los rieles de la vía férrea apostando cual duraba más tiempo sin tocar tierra. En esto eran ya destrísimos, como que una larga práctica los había amaestrado.

A poco de caminar haciendo tal ejercicio, observaron que adelante, á un lado del camino, un bulto echado en tierra se movía. Entonces Manuel y Santiago prorrumpieron en sonora carcajada y contaron á los demás el sucedido.

—Es un frenético, corramos allá, exclamó Santiago.— Y todos á la carrera, saltando de tres en tres las traviesas de la vía, en un satiamén estuvieron cerca del borracho que se incorporaba y pugnaba por levantarse en pie haciendo la figura más grotesca y original que es dable, con su cara llena de líneas y manchas negras.

Cuando estuvieron formando grupo alrededor del beodo, uno de los chiquillos exclamó:

—¡Anda, anda, judío errante! Y todos los demás, con gran risa repitieron:

—¡Anda, anda, judío errante!

Como si obedeciera á tal mandamiento, el borracho, con gran trabajo se puso en pie aunque todo doblado y descoyuntado.—Tartaleando dió algunos pasos y se paró, pero á la voz de los chiquillos de “anda, anda, judío errante”, prosiguió su dificultosa y ondulante marcha.

III

Como enjambre de moscas que acosa á mísero y desvencijado rocín y que al menear éste las orejas ó la cola, ó al estremecer con fuerza todo su cuerpo, se dispersa pa-

ra volver con tenaz empeño á posarse en él, así la turba de chiquillos siguió al pobre borracho, atronándole con sus gritos y carcajadas de regocijo; pero apenas se volvía á ellos y con su voz aguardentosa los denostaba y amenazaba, todos, aún no retrocedían, alejándose como para ponerse en salvo. Mas luego, poco á poco volvían á acercarse y la tenaz orden con que se habían propuesto desespearle: ¡Anda, anda, judío errante!

Así caminaron hasta entrar en la propia ciudad. Los pilluelos en la estación se separaron durante unos momentos del beodo, pero se quedaron entretenidos en ver unos cuantos negros que cargaban un carro con pesados fardos.

—Vamos detrás del frenético! exclamó uno de los chiquillos, y todos corrieron á alcanzarlo y se le acercaron tanto, que casi le pisaban los talones con las puntas de sus zapatos.

Y de nuevo resonó en los oídos del borracho el terrible: “¡Anda, anda, judío errante!”

Trascendía el ambiente en aquel lugar á alcohol por la proximidad de la Fábrica Nacional de Licores.

Quién sabe qué impresión produjo tal olor en el temperamento del borracho, exitando su sistema nervioso, porque entró al momento en furor, y sintiéndose seguido tan de cerca por la turba de chiquillos, volvióse rápidamente y agarró con fuerza á uno por un brazo, prorrumpiendo al mismo tiempo en grandes voces. El muchacho, forcejando lleno de miedo logró escapar.

En ese mismo momento un agente de policía dirigióse á él y... ¡camino de la prevención!

Entonces fueron la algazara y el gozo de chiquillería que pronto tuvo que hacer silencio bajo el imperio de amenazadora mirada del agente del orden público. Mas, no por eso dejaron de ir los rapaces tras la pareja de verdugo y víctima hasta llegar al establecimiento de detención.—El pobre beodo iba gesticulando con el brazo que le quedaba libre, y renegando como si fuera que al infierno lo llevara un demonio en figura de un individuo de policía.

Y eran de ver la extrañeza y risa que causaba el desventurado en los transeuntes que al mirarlo no podían menos que pararse á contemplar aquella cara que parecía una máscara, en que sobre el embadurnado casi rojo se hubieran pintado las manchas negras para darle más fiero aspecto.

Por fin, después de mil empellones, porque el mísero se resistía á caminar, y denostaba furiosamente á su opresor, llegaron á la prevención.—Abrió el guardia ó centine-

la pesada puerta y recibiendo un nuevo empujón, entró el borracho mal de su grado.

Aún repercutían sin duda en sus oídos los gritos de los chiquillos, pues maquinalmente, al traspasar el umbral, masculló: ¡Anda, anda, judío errante!

NAPOLEÓN QUESADA.





DESEOS

Si fuera un mar de cristalinas olas
Y tú llegaras hasta mí por verlas,
Allí los dos, con nuestro amor á solas,
¿Sabes tú lo que haría
Hermosa ondina mía?
¡Arrojar á tus pies todas mis perlas!

Si fuera un cielo recamado de oro,
Y tú, paloma de impolutas alas,
Llegaras hasta mí, tanto te adoro
Que, ¿sabes lo que haría
Hermosa reina mía?
¡Colocar mis estrellas en tus alas!

Y si fuera verjel, y tú la fuente
Que retrata en cristales tembladores
Los lujosos cambiantes del Oriente,
¿Sabes tú lo que haría
Hermosa fuente mía?
¡Arrojar sobre tí todas mis flores!

JULIO N. GALOFRE.





CRONICA

La época lluviosa ha entrado resueltamente.

Ya no volveremos á tener sino hasta Diciembre tardes de sol para ir á la Estación, único lugar público que frecuenta nuestra sociedad, á digerir la comida en sabrosa charla con los amigos y ver la carita alegre de las muchachas que pasean por allí.

El *invierno* de Costa Rica es fastidioso.—No tiene las bellezas ni la novedad de las nieves del Norte. Al mediodía hace un calor húmedo, como el vaho de un horno, que no deja trabajar con gusto, y después agua, agua y más agua. Horas tristonas en que se bosteza de aburrimiento al ver nuestras calles llenas de lodo y nuestro cielo cubierto de nubes de un gris sucio.

El único remedio para el sitio formal que nos declara el tiempo, son los libros y las fiestas del hogar.

Ya que vemos contrariados nuestros instintos de vagabundería, (hablo en nombre de la mayoría de los estudiantes), leamos, y así nos burlaremos ventajosamente de los rigores de la intemperie; y nuestros respetables padres de familia, puesto que sus hijas tienen que estar forzosamente encerradas sin ninguna diversión que ahuyente el fastidio que las pone pálidas y tristes, que abran sus salones á sus amistades y que se cante, se baile, se converse, y así se disipará la melancolía con las expansiones del espíritu, y la anemia con la gimnasia rítmica de la danza.

Esta es una necesidad sentida por todos; sin embargo no se satisface debidamente.

Los placeres cultos deben ser mirados con más entusiasmo. Es preciso romper con la apatía que mata nuestras relaciones, nuestros afectos, y conduce á mucha parte de la juventud á lugares donde no está su puesto. Además es un buen modo de dar lustre, especialmente á nuestras mujeres, que de por sí son tan buenas, tan bellas y tan inteligentes.

En San José se ha despertado una afición grande por la música. Prueba de ello es el concierto que dió el señor Castegnaro con varios de sus discípulos el día 19, en el Teatro de Variedades, al que asistió un público selecto, no sólo por gozar de las delicias que ofrecía el programa, sino que también por estimular el esfuerzo de los que se dedican á tan simpático estudio.

La Marcha de Nabucco á tres pianos, fue como el saludo del arte á la hermosura allí reunida. Aquellas notas llenas de delicada marcialidad, parecían arrancadas del teclado por Chayo, Lupita y Livia, para hacer los honores debidos á la magestad de Ada, á la belleza de Celina y á la dulzura de Enriqueta, que allá en lo alto lucía como una estrella.

Digno saludo de reinas á reinas, ejecutado con energía y que mereció una salva de aplausos. El aria de Carmen no fué cantada con todo el brío que se requiere para un *toreador*. Su música llena de vida, á propósito para dominar el alegre rumor de la plaza, necesita ser entonada con valor, como para ganarse con sus notas el corazón de una española.

Marcelino pudo salir victorioso, pues tiene condiciones para ello, pero es corto, tuvo miedo y su canto resultó demasiado débil.

No vaya á creer que esto es un reproche. Al contrario, lo que queremos es alentarle, hacer que nos pierda el temor que pudiéramos inspirarle, para que obtenga, con su voz segura y agradable, los triunfos que merece.

Siempre tiene nuestras sinceras simpatías quien sin ninguna pretensión y con mérito, como él, se dedica á cualquier ramo de la ciencia ó de las artes.

Los números de piano á cargo de las señoritas Guardia y Velázquez, estuvieron muy buenos.—Indudablemente son de nuestras *amateurs* más aventajadas. Ejecutan con rapidez y elegancia é interpretan con sentimiento.

También esmaltaron la reunión, con sus encantos. Chayo con sus ojos garzos que expresan ya la tristeza que produce la nostalgia de una vida ideal, ya la viveza ingénua que hay en el fondo de su carácter; esbelta, delgada, de ademán apasionado á veces, otras de una indolencia oriental, parecía la húngara de una fantasía. Lupita es el tipo de la mujer correcta, elegante, en que la educación toma suavidad de perfume por el tacto exquisito con que se sabe externar.

Lola Carranza posee una voz extensa, vibrante, com-

pletamente natural, y la sabe manejar con maestría. En otro ambiente en qué poder desarrollar mejor sus grandes facultades, se haría verdaderamente notable. Nos gustó mucho.

Cano siente la música y la sabe hacer sentir. Tiene magníficos arranques de inspiración. Creemos que es preferible cualquier desborde de entusiasmo á la inercie de un maniquí.

El sabe vencer al público. Nunca se retira de la escena sin que vuelva á ser llamado á ella.

Reciba un cordial apretón de manos por el éxito que obtuvo.

Marcelina nos hizo mucha falta. Sentimos grandemente la indisposición que nos impidió admirarla una vez más.

Felicitamos al distinguido maestro señor Castegnaro por el resultado de su velada.—Ojalá nos proporcione más á menudo ratos tan agradables como el pasado.

— — —

No hay religión que hiera más directamente la sensibilidad que la católica.

Nunca nos ha extrañado por eso que Núñez de Arce y Castelar, los grandes poetas de nuestra lengua, cante el uno las tristezas de su fe perdida y abrace el otro la cruz, impulsado por los sentimientos de su alma de artista.

Una de las ceremonias más bellas é imponentes del culto romano es la del Corpus Christi. En ella el altar no está rodeado de esa penumbra del templo que le da misterio y gravedad, ni brilla con místico desfallecimiento en el oro de los vasos sagrados la claridad pálida de los cirios y de los cristales opacos del arco ó de la ogiva, sino que la luz del mediodía con todo su vigor irradia y deslumbra en la custodia, y en vez de la sombra de las naves que sobrecoge al espíritu, nos rodea la grandeza del firmamento, por el cual se eleva el alma llevada por las notas de los cantos y el perfume del incienso.

En Costa Rica no se abandona la fe ni se mantiene su esplendor. No tenemos las fuerzas que dan las ciencias para echarnos en brazos de la diosa Razón ó del dios Pan y nos réinos de todo. Ni siquiera tienen un poco de la sublimidad de la lucha nuestras dudas. Vaya!, qué ocurrencia la de ponerse á filosofar en mitad de una crónica. Perdone el lector la digresión y adelante.

El Corpus estuvo este año muy inferior al de otros tiempos. Ya no comulgamos con ruedas de molino dirán unos. Nó hay dinero, las circunstancias desaniman á los

creyentes, dirán otros, y tal vez tengan razón ó no la tengan.

En esta quincena se han celebrado dos regios natalicios, el de S. M. Católica Alfonso XIII, Rey de España, y el de su graciosa Magestad Victoria, Monarca de Inglaterra y de sus dominios.

Una parte de lo más importante de la colonia española obsequió con motivo de lo primero un espléndido banquete, y el Cónsul británico invitó á tomar una copa á salud de la segunda.

El Rey-Niño representa á la Nación que nos dió lugar en el Mundo civilizado, sacándonos del estado primitivo en que yacíamos. Suya es nuestra sangre y suyos nuestros defectos y nuestras grandezas. Los mismos sentimientos, tipos, idioma y costumbres son los de ambos, y si no fueran suficientes esos lazos para cautivar nuestra gratitud, bastarían el no haber hecho derramar nunca nuestra sangre y su historia gloriosa, para merecer nuestra admiración y nuestro agradecimiento.

Si Alfonso XIII es el representante de ese gran pueblo, ¡ que viva Alfonso XIII !

En la noche del 24, fecha del nacimiento de su soberana, el señor Harrison, estimable caballero inglés, tuvo una reunión de confianza en su casa. Nosotros pasábamos por allí en momentos que se bailaban unos lancers y atraídos por la magnificencia del cuadro que presentaban los salones estuvimos contemplándolo un rato desde las ventanas.

Los varones fuertes y fríos de ojos azules se inclinaban allí ante la gracia y la pasión de las mujeres de ojos oscuros.

Estaban María, vestida de blanco como una novia, dulce y sonriente, con esa dulzura triste de las almas que sueñan con algo muy bello y con la amable sonrisa que dan la felicidad y el talento. Parece nacida para amar y ser amada; Tiene arrullos de paloma y delicadeza de azahares; Yita y Flora, verdaderos caprichos de este sol americano cuya luz intensa fulgura en sus ojos como diamantes negros y sonrosa su color moreno como oriente de perlas; Yeya y Amalita, cuya distinción reclamaba el pincel elegante de un Watteau y otras más que nos fue imposible ver.

A las 12 se brindó por la Reina y se cantó su himno

con respeto y cariño casi religiosos, sentimientos de los cuales participábamos en aquel momento.

No pudiendo alcanzar nuestros ideales sentimos alegría mezclada de envidia cada vez que se realizan por un amigo. Ahora estamos de plácemes porque lo están tres de nuestros mejores compañeros, cuya fortuna quisiéramos igual para nosotros. Jenaro Leiva se va para Europa á donde le deseamos muchas horas felices y provechosas. Luis Dávila se casa con una muchachita adorable, digna de su mérito y que será el encanto de su preciosa juventud, y Matías Trejos, luchador incansable que ha sabido vencer siempre con su constancia y su talento, acaba de obtener un laurel más con su título de abogado.

Qué dichosos son ellos!

Ojalá nunca varíe la buena suerte que hoy los acaricia y á la cual son acreedores por muchos motivos.

LEONELO





NOTAS

Con este número terminamos el primer trimestre de *Cuartillas*. No cabe duda: es satisfactorio siempre el cumplimiento de un compromiso. La tarea que ha pesado sobre nuestros hombros no ha sido fácil, pero sí grata, sobre todo cuando echamos de ver la simpatía con que el público recompensa nuestros trabajos y la buena voluntad que personas de elevada categoría literaria muestran al ayudarnos en nuestro empeño.

* * *

En el 5º número, fue Ricardo Fernández Guardia quien nos obsequió con su lindo cuento *Las hadas negras*; hoy es el Doctor Zambrana, con la carta literaria que honra la sección principal del periódico, como de él, producción en que brillan las ideas oportunas, el consejo discreto dicho en estilo propio y sobresaliente. Esta carta nos enaltece. El Doctor Zambrana es siempre el mismo luchador por las buenas ideas, el mismo propagandista de la teoría sana, ya en Filosofía, ya en Literatura. Sobre todo, conserva aún vigoroso el entusiasmo por la juventud: su mano maestra nos señala el buen camino y sus palabras nos alientan para seguirlo.

* * *

Otro de nuestros maestros, el distinguido *Amer*, cuyo artículo acerca de Gómez Carrillo, dió margen á tantos comentarios, nos ha enviado un juicio crítico de *Hojarasca*. Es muy ligero,—él mismo nos lo confiesa,—y sentimos diferir algo de su opinión sobre ese libro, que bien merece el adjetivo de exquisito. *Amer*

no se ha fijado bastante en *El cuarto de hora*: todo lo que pide su buen gusto, su sueño por el argumento patrio, la gracia en la narración, el estilo fácil, todo lo reúne esta verdadera joya, discretamente colocada al principio de la obra. Ricardo, por otra parte, puede contar el sucedido de Madrid, la peripecia parisiense: sabido es que vivió en esos grandes centros. Al referirnos el capricho de un ruso por Lulú y las desventuras causadas por una perla negra, no habla de lo que no ha visto, á la manera de los decadentes ocasionales de estas tierras, sino que por el contrario, lo dijimos en otro lugar, él es hombre instruído en todos esos detalles y conocedor de las aventuras que sólo se comprenden en el gran mundo. De cualquier modo, la franqueza de *Amer* agradará al autor de *Hojarasca*: su criterio es autorizado, y eso basta.

* * *

El soneto referente á don Justo A. Facio nos merece consideración. Nuestro concepto acerca de Brenes Mesén, su autor, ya lo hemos dado á conocer en otro número; réstanos ahora apuntar lo que creemos del sujeto pasivo de la composición. De los que entre nosotros,—y son escasos por cierto,—cultivan la poesía, ninguno tiene la inspiración genuina de Justo.—Algunos le reprochan cierta oscuridad en la frase, pero á nuestro modo de ver esto da un encanto más á sus estrofas por el esfuerzo mental que se requiere para sorprender el pensamiento. Facio es poeta de la idea, y no hay duda que llegará á dominar con perfección la forma, la vertidura de sus hermosas concepciones.—Hace muy bien Brenes en ser devoto de modelo semejante.

* * *

Leonelo es amigo íntimo nuestro; huelga el elogio por consiguiente. Debemos consignar sin embargo que su crónica reúne á la oportunidad, la delicadeza; que él posee ese aristocrático pincel con que se hacen las lindas miniaturas de sociedad. Hacemos constar que participamos del gusto estético de nuestro amigo, quien con mucho tino, no quiso adular á ninguna de

las señoritas que nombra, sino verificar meros actos de justicia distributiva.

* * *

Y á propósito de crónicas y de refinamiento, Aquileo J. Echeverría nos había prometido la narración del argumento del *vals After the ball*. Ahora es rueda de la máquina legislativa y no ha podido pagar esta de sus deudas; pero ha sido muy bueno con nosotros y no hay que hacerle cargos.

* * *

Se nos ha dicho que se piensa en la formación de una gran revista literaria ilustrada en todo sentido, ya sea por la redacción inteligente de ella, á cargo de Fernández Guardia, Facio, Echeverría, Argüello de Vars, etc., ó ya por los grabados finísimos con que obsequiarán á su público. ¡Ojalá se realice tan bello ideal! Se vería cumplido uno de los deseos ardientes que manifestamos tener en el editorial de nuestro número primero.

ZIZÍ



CUARTILLAS

Revista quincenal



CONDICIONES DE VENTA

Trimestre.....	\$ 2-00
Número suelto.....	0-50

Pago adelantado

Administrador,

ANTONIO FONT

6ª Avenida E., N° 39

San José, C. R.